

Precursores de la historiografía regional

ÁLVARO MATUTE

I

¿Cuándo se puede hablar de precursores de la historiografía regional mexicana? Es posible iniciar con una frase lapidaria: la historiografía originaria es regional, en virtud de que su asunto es la tierra que la produce y sus hombres, ya que, en contraposición, no había la posibilidad de una historiografía nacional. ¿Qué otra cosa son los códices mixtecos, sino historiografía regional, salvaguardando el anacronismo? ¿No narra el *Vindobonensis* la epopeya de "8 Venado Garra de Tigre"?

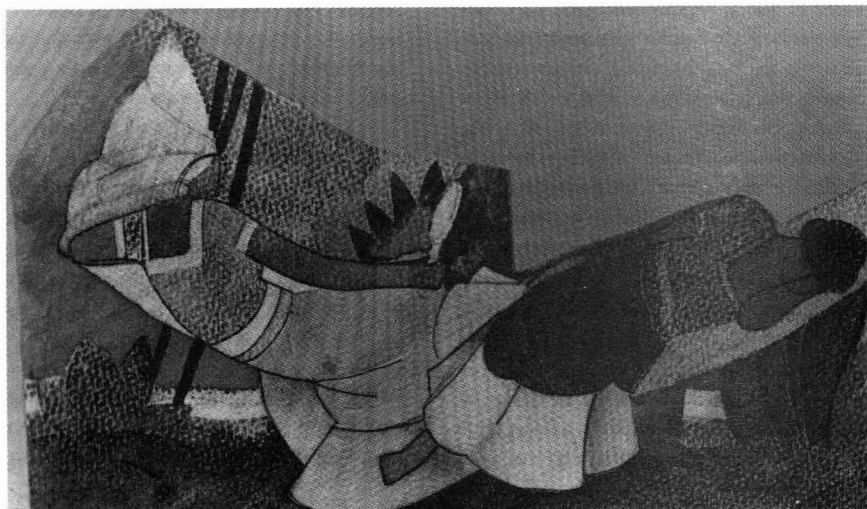
Y en la época posterior a la conquista, los abundantes *tlallamatl*, por definición, tienen como tema el asentamiento de un grupo en su tierra. Los trabajos de Alvarado Tezozómoc, Chimalpain, Muñoz Camargo e Ixtlixóchitl se refieren a sus localidades: México-Atzacapotzalco, Chalco-Amaquemecan, Tlaxcala y Tezcoco. Forzando los términos, a las *Relaciones geográficas de Indias* también podría incluirse entre los textos precursores. Podría decirse, de manera fácil, que la historiografía regional se pierde en la noche de los tiempos. Lo mismo sucede, dicho también con la conciencia de incurrir en otro anacronismo, con la crónica provincial novohispana, precursora de lo que hoy nos interesa. Los frailes-cronistas hacían referencia a una provincia eclesiástica, que tenía una demarcación más o menos precisa, en la que había asientos humanos indígenas a cuyos habitantes los frailes de la orden titular de la Provincia habrían de evangelizar. Anacronismo o no, la crónica provincial, con Mendieta, Dávila Padilla, La Rea, Florencia, Beaumont, Ximénez o Burgoa, para mencionar sólo a algunos, hace referencia a regiones particulares del país novohispano, con sus culturas originarias (mejor que aborígenes) y con los trabajos y los días de los seráficos misioneros que llevaron la doctrina a los indios, quienes dieron muerte y sacrificio a muchos padres y hermanos, asietándolos y sometidos a terribles castigos. La epopeya de franciscanos, dominicos, agusti-

nos y jesuitas llena muchas densas y dilatadas páginas, a veces poco fáciles de leer, si no priva en el investigador curiosidad poderosa y necesidad de obtener información precisa. El caso es que antes de que uno de los productos de Clío se llamara historiografía regional, ésta ya existía, con otros nombres y con otros propósitos, ya fuera el de engrandecer la memoria de un grupo indígena o la de una orden religiosa asentada en una provincia. El caso es que en esencia, ya estaba en ellas el germen claro y distinto de lo que sería después la historiografía regional, que es el concepto con el cual denominamos y clasificamos a aquellas historias que no se refieren al mundo, a un continente (aunque éstas podrían ser también regionales), a un país o nación. En suma, a las que son de áreas menores a las de un Estado nacional, o partes integrantes o constitutivas de él. No es propósito de este trabajo intervenir en la discusión acerca de lo que es una región, y por consiguiente, qué historiografía es la que mejor le cuadra. De hecho, utilizo el término de manera amplia, consciente de que se le puede llamar, por igual, historiografía regional a una historia del Occidente de México —sean cuales fueren sus lími-

tes—, a la del estado de Jalisco, a la de Guadalajara, a la de Los Altos, o sólo a la de Teocaltiche. Insisto, no me comprometo con el término preciso de región y me abstengo de acudir a la muy respetable autoridad de Eric Van Young. Utilizo el término de manera laxa, como lo hace nuestro maestro don Luis González. Así, en un sentido no estricto de los términos, la etapa precursora de la historiografía regional mexicana se encuentra, desde la época prehispánica, en los códices de contenido histórico-mitológico-genealógico, principalmente de la región oaxaqueña; en la Colonia los hay, tanto en los códices que se siguieron haciendo en ella, de intencionalidad jurídico-agraria, como en los textos de los cronistas mestizos, rememorativos de la grandeza de sus ancestros.

Sin embargo, podría haber objeciones. Yo mismo enuncio la cuestión anteponiendo que se trata de anacronismos, ya que el concepto moderno de historiografía regional puede chocar con las prácticas e intencionalidades de los tlacuilos y los frailes cronistas, así como de los a veces anónimos burócratas encargados de redactar las respuestas a los cuestionarios que dieron base a las *Relaciones geográficas*. Se debe prevenir haciendo la advertencia de que se trata de una tarea precursora, en el sentido de que son trabajos que se refieren a espacios que en la consideración historiográfica posterior reciben la connotación de regiones, y en la consideración genérica posterior, la de historiografía.

Si utilizamos una fórmula pocha y decimos "Luis González revisitado", encontramos tanto en la introducción a *Pueblo en vilo* como en ambas *invitaciones a la*



Tehuana, 1932, acuarela/papel recortado, 13 x 22.5 cm (aprox.)

microhistoria, los elementos que nos permiten hacer los necesarios paralelismos entre el cronista mestizo o el provincial, y aún los tlacuilo, y los historiadores regionales modernos, ya sea pueblerinos o académicos, ya que unos y otros, con metodología sofisticada o rupestre, hacen más o menos lo mismo. Inclusive, puede establecerse que hubo en la época colonial prácticas semejantes a las de hoy.

Y aquí abro un paréntesis testimonial. Hace algunos años, por iniciativa de mi colega y amiga Gloria Villegas, me tocó fungir como moderador de una mesa a la que acudieron dos ponentes que discutirían sobre historiografía regional: Carlos Martínez Assad y José María Murià. El primero expresó que su acercamiento a una determinada región, Tabasco, se debió a un interés llamémosle científico, semejante al que le indujo su maestro don Ricardo Pozas Arciniega sobre el Valle del Mezquital, o al que el propio Martínez Assad experimentó cuando decidió acercarse a San Luis Potosí. Es decir, se trata de un historiador regional extraño a la región que trabaja. De la misma manera que Francisco Javier Clavijero lo hizo con Baja California, donde jamás puso un pie, como sí lo hicieron Del Barco, Pfeferkorn u otros, a quienes leyó para documentarse. Sin embargo, su jesuitismo es tal, que resultaría difícil pensar que Clavijero escribió de lejos. Tal vez en el futuro haya lectores sorprendidos que averigüen que Carlos no es tabasqueño, sino que nació en Jalisco, tierra sobre la que me parece jamás ha escrito. (Confieso que no conozco la bibliografía completa de Carlos Martínez Assad.) En cambio, el doctor Murià y Rouret, que no nació en Barcelona, como sus apellidos parecen indicar, sino en el Distrito Federal, aunque se ha asumido como tapatío, paradójicamente, sostenía algo semejante a lo que dice aquel son de que "para hablar de la Huasteca, hay que haber nacido allá". No hubo debate, ya que las obligaciones de Martínez Assad, que era entonces director del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, lo hicieron abandonar el recinto para acudir a un compromiso ineludible (acaso una sesión de Consejo Universitario, a las que realmente no se puede faltar). Murià insistió en la identificación del historiador con la materia, en una actitud muy legítima, comprobada con el hecho de que más de 90% de los historiadores regionales son oriundos de la tierra sobre la cual han gastado sus energías inquisitivas y la tinta



Justicia social, anteproyecto para el mural del monumento al general Álvaro Obregón, 1934, carbón/papel

de sus plumas. Pero también es un hecho que hay transnacionalización. Ya mencioné a Van Young y podría traer a colación al tlaxcalteca Tutino, al chihuahuense Katz, a los yucatecos Joseph y Wells, a las potosinas Lerner, Rojas y Falcón o a Ankerson, de la misma localidad, al nayarita Meyer, al bacialiforniano León-Portilla, etcétera. Es posible. No contradigo aquí a Murià en favor de Martínez, porque recuerdo bien que sus argumentos eran muy convincentes y llenos de razón. Pero el caso es que propios y extraños la ejecutan, como en la Colonia el fraile hablaba de tierras de las que no era oriundo, pero que se aquerenciaba en ellas a fuerza de vivirlas en su convento y tratando a sus naturales. Aunque se dieran casos como el del ilustre e ilustrado Clavijero, que con gala metodológica pudo hacer su aportación a la crónica provincial sin haber conocido en persona la California, o su congénere y tocayo Alegre, que abarcó el dilatado espacio de la Compañía de Jesús, más allá de un territorio provincial, ya que la referencia era a toda la Nueva España, pero con asientos particulares en las distintas zonas a las que llegaron sus anteriores hermanos de orden, como

Pérez de Ribas o Kino, que se referían en sus crónicas a tierras de Sonora y Sinaloa.

Si se intenta una mirada cuantitativa a la historiografía de las épocas prehispánica y colonial, el resultado será el triunfo indiscutible de la preferencia regional, parroquial, microhistórica, pueblerina, local, sobre la que cubre espacios dilatados, principalmente cuando no han acabado de definirse. El enorme censo practicado por el padre Ernest J. Burrus muestra la plétora de trabajos provinciales, que no desmerece ante los que tuvieron por objeto a la Nueva España en su totalidad. Franciscanos, dominicos, agustinos, jesuitas y mercedarios se ocuparon de sus diversas provincias, sin dejar prácticamente rincón vacío. Otros llenaron algunos huecos, como por ejemplo el obispo Tamarón y Romeral y algunos que peregrinaron por el Septentrión.

En suma, si bien insisto y reitero la conciencia del anacronismo, las herencias historiográficas prehispánica y colonial no pueden ser omitidas porque existen como posible base de una historiografía regional mexicana moderna. Ciertamente esta afirmación debe ser matizada, en la medida en que el conocimiento de los códices prehispánicos y coloniales no era muy abundante pero tampoco se les ignoraba, y el de las crónicas provinciales, si acaso, podría despertar suspicacias entre liberales decimonónicos cada vez más anticlericales; pero, con todo, aventuro a pensar que siempre se sobrepone la querencia al terruño sobre la diferencia ideológica, y el comecuras termina leyendo las beatitudes de los padres evangelizadores de su región.

II

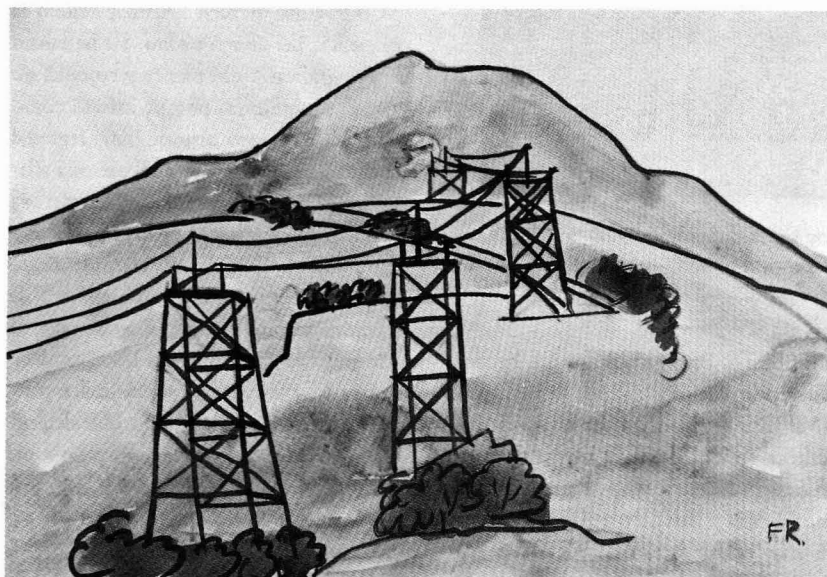
La transición hacia el siglo XIX obliga a plantear algo que no quisiera llamar hipótesis, sino simple sugerencia, acerca de los orígenes del interés por las regiones que dan lugar, posteriormente, a la historiografía regional, ahora sí sin anacronismos.

No quiero pecar de extranjerizante, pero todos los caminos conducen no a Roma, sino al barón Alexander von Humboldt. Como es bien sabido, su célebre *Ensayo Político sobre el reino de la Nueva España* contiene en su libro tercero la "Estadística particular de las intendencias que componen el reino de la Nueva España. Su extensión territorial y su población". El capítulo VIII de la obra está nutrido por los datos estadísticos de las quince intendencias y de

las provincias que formaban la Nueva España a principios del siglo XIX. No incurro en el pecado de insinuar que dicho capítulo VIII es una historiografía regional. No. Se trata, eso sí, de un texto precursor, antecedente, en la medida en que despierta el interés por las partes integrantes de un país, sus recursos naturales y, en general, sus perfiles característicos. Humboldt enseña, como gran geógrafo, la adecuada relación entre el todo y las partes, así como la individualidad de cada parte. (Y aquí conviene apuntar también que hubo regiones reconocidas por el barón, en persona, y otras sólo a través del papel.) El carácter de antecesor que le otorgo a Humboldt es más que obvio. Todo historiador o escritor interesado en la realidad social y económica de

Gómez Farías, del cual era “intelectual orgánico” (otro anacronismo) el doctor Mora. Los afanes por conocer el país a través de su estadística provienen de la lectura de las páginas del *Ensayo político*, del que muchos manifiestan, entre otros Mariano Otero, la necesidad de actualizar los conocimientos puestos en circulación en ese libro. Si bien los primeros años de la SMGE pueden ser entendidos como precarios, también pueden ser rememorados como propios para una epopeya en la cual un puñado de mexicanos cultos se quiso echar a cuestras la tarea de conocer a su país en sus partes integrantes. Los resultados no fueron inmediatos, pero las inquietudes no cedieron a los embates de una sociedad desintegrada, sujeta a múltiples presiones e involucrada en todo tipo

Agustín Escudero y don José Fernando Ramírez, primeros historiadores —y estadígrafos— de Durango, seguidos años después por Alejandro Prieto, de Tamaulipas, y por Eustaquio Buelna, de Sinaloa. Ramírez ya había dado muestras de sus intereses histórico-estadísticos sobre Durango desde las páginas de *El Ateneo mexicano*. El libro data de 1851, aunque lo antecede el de Escudero un par de años, lo que lo hace ser el más antiguo. Se anticipa un poco más de veinte años a la “cosecha del siglo” emprendida por don Luis González en la primera *Invitación a la microhistoria*. Ya dentro de ésta, no sólo Prieto y Buelna asocian la historia con los aspectos geográficos y estadísticos, sino que el trinomio se da en muchos trabajos más, como el de Gil y Sáenz, de Tabasco; el de Septién y Villaseñor, de Querétaro; el de José Rosas Moreno, de Guanajuato; uno de los varios escritos de Serapio Baqueiro, de Yucatán, y, en fin, muchos que harían cansada la enumeración. El ejemplo cundió y se multiplicó. Podría haber un puente entre ese tipo de trabajos de historia regional y las *Relaciones geográficas* pero el peligro del anacronismo sigue rondando estas páginas. Se trata de un tipo historiográfico regional, circunscrito a una entidad federativa y en el cual se muestra la continuidad entre el presente y el pasado. En ese sentido, son trabajos muy distintos a aquellos que se refieren a pueblos, villas, ciudades o personajes, así como a los integrados por efemérides. No hay prueba de vínculo directo entre la SMGE y la escritura de este y aquel libro; sin embargo, sí se pone en evidencia un interés por los recursos del presente y su sustento en el pasado.



Las líneas de alta tensión, ca. 1924, acuarela/papel, 15.5 x 22.5 cm (aprox.)

México en la primera mitad del siglo XIX lo tuvo como referencia obligada. Entre quienes más provecho obtuvieron está el doctor José María Luis Mora, quien siguiendo la línea trazada por el prusiano integra muchos de los elementos del *Ensayo político* en su *México y sus revoluciones*, donde tiene la originalidad de seguir los progresos de la guerra de independencia en los años 1811 y 1812 en las diferentes provincias, remontándose incluso hasta el Nuevo Santander, y excluyendo, desde luego, a aquellas donde no sucedía nada digno de ser recuperado.

Los nombres de Mora y Humboldt me dan el pie necesario para invocar el nombre de una célebre institución liberal, la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (SMGE), creación del gobierno de Valentín

de problemas políticos internos e internacionales. Otras sociedades de hombres cultos, como El Ateneo Mexicano, también recogieron la estafeta y contribuyeron, acaso en medida pequeña, a engrandecer los conocimientos acerca de una u otra regiones del país.

La supuesta hipótesis que pretendo proponer no es otra sino que la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística es indirecta precursora de la historiografía regional mexicana moderna, en la medida en que algunas de las primeras obras consideradas como pertenecientes a este género se titulan *Noticias históricas y estadísticas de...* y fueron escritas por individuos de la mencionada SMGE. Paso a ejemplificar: toca el honor de ser los decanos a don José

III

Una ojeada rápida a las *Noticias* de don José Fernando Ramírez permite iniciar una somera tipificación de estos trabajos. Pese a que la tipografía dispuesta por José Ignacio Cumplido parece darle más peso a las noticias históricas que a las estadísticas, el Durango que nos presenta Ramírez es más estadístico que histórico. La topografía es el primer asunto que se trata. Nunca se podrán colar los techos sin antes excavar los cimientos y rellenar el piso. Sin embargo, Ramírez era amigo de Clío y no se espera a pasar a otro capítulo para introducir, aunque sea como digresión, algún comentario histórico, ya entre las páginas 6 y 7, tras corregir algún dislate de Humboldt en torno

al cerro del Mercado. Pródigo en notas, hay acaso más referencias históricas que estadísticas. Entre las fuentes aludidas aparecen autores tan disímbolos como Plutarco, San Isidoro de Sevilla y Hernando Ruiz de Alarcón. Se sabe bien que don José Fernando poseía una riquísima biblioteca. Al finalizar el primer capítulo, tan consciente estaba de que se había ido por otros lados, que concluye con una elocuente fórmula: "Vuelvo a mi camino." Después de analizar el suelo, el pasado se hace presente con las eruditas noticias sobre el descubrimiento y la fundación de Durango. En ellas hay brevedad y sustancia. Precisa los orígenes de Guadiana, alude al fundador Francisco de Ibarra y desde luego refiere la gran sublevación tepehuana. Aquí la erudición colocada en el piso de abajo es precisa y concreta. No se anda por las ramas, sino va directamente al grano histórico. La descripción de la ciudad, que abarca el tercer capítulo, nos ofrece a un Ramírez que oscila entre la precisión del ingeniero que no fue y la del historiador dueño del poder evocativo que le permite comunicar la imagen de una ciudad en un tiempo a los ojos de un lector de ciento cincuenta años después, quien no ha visitado ese terreno. Si la división política es despachada en una página, la eclesiástica le da permiso a don José Fernando de incluir el pormenor de los 23 gobernadores de la mitra duranguense. El abogado historiador que era Ramírez se manifiesta en plenitud cuando describe la división judicial. Magníficos elementos de historia cotidiana o de las mentalidades se dan cita en las diez páginas dedicadas a los asuntos criminales, acompañados de estadísticas obtenidas por un antiguo individuo del Tribunal Superior de Justicia del Estado de Durango. Breve otra vez en el ramo militar, el autor abunda en el capítulo dedicado a la población, con intuiciones de historiador social, las cuales siguen apareciendo en el tratamiento de la instrucción pública. La economía es tratada de manera escueta en cuatro capítulos dedicados a "producciones territoriales": industria, comercio, consumo de víveres y rentas. El historiador político aparece cuando toca su turno al "estado social", capítulo en el que prodiga sus conocimientos sobre las posiciones adoptadas por los duranguenses para expresar y dirimir sus preferencias políticas. Así, cuando la masonería inundó la vida política de Durango, yorkinos y escoceses formaron los grupos conocidos como *cuchas* y *chirri-nes*. Por último, cierra la obra el capítulo

dedicado a los varones ilustres (las estudiosas del "género" protestarían por no aludir a las damas), y entre aquéllos el tiempo papel dedicado a Guadalupe Victoria resulta ser el más extenso.

El librito, de 88 páginas, a dos columnas y con una magnífica tipografía, es una monografía a la que no le sobra nada. Ramírez se distingue por su sobriedad, la cual no le permite ocultar el orgullo por su patria chica adoptiva, ya que él había nacido en Parral, pero vivió mucho tiempo en la antigua Guadiana, antes de proseguir una vida itinerante, que fue a concluir en Bonn, en el exilio propiciado a causa de los servicios proporcionados al Imperio. Es un libro bien articulado, impecablemente documentado



Entierro obrero, grabado en madera

y escrito con precisión, finura y elegancia. Aunque cronológicamente es uno de los primeros libros de don José Fernando, está perfectamente logrado. Es un buen inicio de la historiografía local, que abundará tanto en la segunda mitad del siglo XIX, sobre todo a partir del triunfo de la República y más precisamente desde 1871, cuando se comienzan a dar, de manera constante, muestras cada vez más frecuentes de una práctica que no cesaría jamás, aunque tendría, como todo en la vida, sus altas y sus bajas.

Si bien mi pretendida hipótesis, aunque la reivindico más como sugerencia o apuntamiento, de vincular a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística con los orígenes de la historiografía regional en

el siglo XIX, no está suficientemente apuntalada, por lo menos puede asegurarse que todo es obra de un mismo proceso en el que coinciden los intereses de algunos mexicanos cultos por conocer mejor su país —a partir de las inquietudes sembradas por Humboldt, seguidas por Mora y ramificadas en una copiosísima bibliografía aparecida en múltiples formas y que fue hermanando el interés geográfico-estadístico con el histórico— con el fin de ir permitiendo que éste sea cada vez más dueño de su propia individualidad y de convertir a la historiografía regional en un género ampliamente desarrollado, que ha producido obras de gran significado en el conjunto de la historiografía mexicana. ♦

Bibliografía

- Burrus, Ernest J. S. J., "Religious Chroniclers and Historians: A Summary with Annotated Bibliography", en *Handbook of Middle American Indians*, vol. XIII, 1973, pp. 138-185.
- González y González, Luis, *Invitación a la microhistoria* (SepSetentas, 72), Secretaría de Educación Pública, México, 1973, 186 pp.
- , *Nueva invitación a la microhistoria* (Sep-80, 11), Secretaría de Educación Pública, México, 155 pp.
- , *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*, El Colegio de México, México, 1968, 365 pp.
- Humboldt, Alejandro de, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, estudio preliminar, revisión del texto, cotejos, notas y anexos de Juan A. Ortega y Medina (Sepan cuántos... 39), Porrúa, México, 1966, CLXXX-696 pp.
- Mora, José María Luis, *México y sus revoluciones*, prólogo de Agustín Yáñez, vol. 3, Porrúa, México, 1977.
- Olavarría y Ferrari, Enrique, *La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Reseña histórica*, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, México, 1901, 183 pp.
- Ramírez, José Fernando, *Noticias históricas y estadísticas de Durango (1849-1850)*, Imprenta de Ignacio Cumplido, México, 1851, 88 pp.
- Torre Villar, Ernesto de la, "Dos historiadores de Durango: José Fernando Ramírez y José Ignacio Gallegos", en *Historia mexicana*, vol. XXIV, núm. 3 [95], enero-marzo de 1975, pp. 403-441.